

Editorial N° 9. Diciembre de 2005

Dios está en muchos lados, desde una iglesia o una sinagoga hasta una humilde hermita.

Podemos encontrarlo, en medio de la selva o en árido desierto. Se confunde a veces y toma forma de atardecer, silencio, prójimo, milagro, amistad, amor, compañía.

Sea su forma material o inmaterial, adopta imágenes según razas, culturas, geografías, religiones, etc. Son infinitos sus rostros y sus mensajes.

Desde hace más de 30.000 años entablamos una relación con lo superior asumiendo la gerencia infinita de la fe, evolucionando conforme al desarrollo de la inteligencia que a pesar de su mejoramiento concluye necesariamente en un misterio.

La búsqueda de lo Superior a través de la ciencia, la meditación, el amor, importa extender cada día más los límites del conocimiento material y espiritual pero pareciera que en igual medida, crece lo enigmático.

No siempre buscamos bien, nuestra capacidad limitada de comprensión denota errores significativos. La búsqueda entonces, se torna violencia, discriminación, odio, fanatismo y hacemos de lo perfecto una réplica consecuente con nuestra enfermedad.

Jesús se llenó de misericordia y al vernos tambaleantes y ciegos, se propuso ofrendarse en aras de purificarnos. Ese gesto, por lo lejano pareciera haber perdido fuerza, energía. Se repite en muchos de modo automático y vacío, el sopor de la bebida reemplaza al corazón elevado y cerramos nuestras puertas a toda misericordia, apartándonos de toda visión respecto al prójimo doliente que espera necesitado del acto amoroso del cristiano.

Pero el tiempo no es un tiempo de relojes, como todo acto originario, es un acto dotado de eternidad que se repite anualmente como si fuera nuevo y por primera vez.

Cada Navidad renace la posibilidad de ser “nuevos”, compartamos nuestro pan con el hambriento de sentimientos nobles, ellos se dan en todo lugar y jerarquía. Son los pobres de corazón los que no respiran, los que se olvidan de la vida.

El Dios misericordioso espera de nosotros, una oración, un rezo, un silencio, un lugar donde alojarse si es posible, de por vida.

Abramos los corazones y pronunciemos significativamente palabras de amor y paz.

Feliz Navidad.

Edgardo Martínez.